



PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Un mes. 4 rs.
Tres meses. 11

EN PROVINCIAS.

Tres meses, en la administracion. . . 14
Seis meses, en la misma. 26
Tres meses, por comisionado. 15
Seis meses, por comisionado. 28
ESTRANJERO : tres meses. 30
ULTRAMAR : seis meses. 3 pfs.



SE SUSCRIBE:

En Madrid, en la administracion, calle de la Ballesta, núm. 6, y en las principales librerías.
En provincias, por medio de carta franca á la administracion, ó en las casas de los comisionados de FIGARO.
En el extranjero y Ultramar, en las principales librerías.

SE PUBLICA:

Los Martes y los Viérnes.

ADMINISTRACION Y REDACCION.

Calle de la Ballesta, núm. 6.

No se sirve suscripcion alguna cuyo importe no se reciba con el aviso en libranzas ó sellos.
La correspondencia, al director de FIGARO.

FIGARO

PERIÓDICO CRÍTICO FESTIVO.

FÍGARO DE VUELTA.

De hora en hora maduramos, maduramos; luego, de hora en hora nos podremos, nos podremos; y allí acaba nuestra historia.

SHAKSPEARE.

Como se ve, FÍGARO no cita al gigante del teatro inglés en el idioma británico: no se atreve á tanta erudicion, y sobre todo procura que le entiendan los que no saben «inglés», aunque por otra parte son muy pocos.

Pero en cambio, FÍGARO la echa de moralista, precisamente desde que D. Cándido Nocedal y otros sábios (bueno es que se lo crean) han dado en considerar inútiles ciertos estudios y ciertas filosofías que tienen roce y trato con la moral que llamamos social. Siempre han sido caprichosos los hombres de ciencia.

Bien se puede, por consiguiente, dispensar á FÍGARO que tenga de vez en cuando caprichos y manías. Uno de los suyos mas frecuente es el de marchar contra la opinion aghena; pensar á «contrapelo», para que le entiendan mejor los de su oficio.

FÍGARO, allá en el retiro en que vivía ignorado, oyó decir algo acerca de no sabe qué silencio necesario, de no sabe qué afonía á que se condenaba «motu proprio» la sociedad española de estos venturosos dias; algo así como que sonaba á mutilacion voluntaria de la lengua; á sordo-mudez de todo un pueblo, y se dijo: «¡esas tenemos!» Hay por el mundo quién se calla? ¿Se callan todos? Pues allá voy yo, que por todos hablaré.» Y sin mas pensarlo, afiló las navajas y la «sin hueso» y aquí está de nuevo.

¿Para qué?—Para hablar: ello es bien claro.... ¿para qué puede volver á la sociedad un barbero veterano? Para hablar.... al mismo tiempo que hace la barba á los humanos.

Como todo barbero entiende algo de medicina, ó cuando menos de veterinaria, FÍGARO ha tomado ya el pulso á la sociedad, y la encuentra enferma; pero con su antigua enfermedad. España padece de un solo mal: «escrofulismo» (passez moi le mot); por sus venas corre, segun decimos familiarmenté, horchata de chufas. De aquí el silencio, la sordo-mudez voluntaria, la indiferencia linfática de nuestra sociedad, porque FÍGARO, que tan amante de su patria continúa siendo, ya la llama suya desde la vuelta.

Quieren muchos buscar misteriosas causas á esta pálida languidez en que se consume nuestro pueblo, socialmente considerado; hablan de lo que ahora se dice su manera de ser, su economía; de su educacion; de sus antiguos hábitos y costumbres, de una multitud de antecedentes que, al parecer, abonan y justifican su indolencia, su carácter pasivo, esa abdicacion del propio vigor y de la energía propia, salvadores recursos de todas las sociedades humanas, y tan característicos de la nuestra en algun tiempo, que casi nos fueron exclusivos.

Pero todas estas consideraciones históricas acerca del

mal no sirven para remediarle: la historia, el recuerdo del pasado es buen revulsivo si se aplica á un cuerpo social que está febril; pero de nada sirve para un enfermo que se muere sin calentura. Y en esta situacion encuentra FÍGARO á los suyos.

¿Qué hace hoy la inteligencia entre nosotros? ¿Qué produce? ¿Qué crea? ¿Qué da ahora de sí esta tierra, que antaño tuvo maestros en ciencias, letras y artes, y hoy apenas si cuenta con rápsodas é imitadores?

¿Qué es de la entereza y valor antiguos? ¿En dónde están los herederos de aquellas razas, impulsadas siempre por sentimientos propios, dirigidas por su conciencia, guiadas por la fuerza de su voluntad, y no agobiadas, como las de hoy, por la indecision, la duda ó la indiferencia?

¿Qué es de la gallardía y la discrecion, de la arrogancia y la galantería? ¿Qué es de aquella virtud castellana, templada como el acero, que antes se rompía que doblarse?

Hay aquí, segun diria un político gali-parlista, toda una cuestion pavorosa. ¿Y cómo resolverla?—Este ya es mucho negocio para FÍGARO.

Sin embargo, ello es preciso. Así no podemos seguir. España no puede continuar llamando su «teatro», su «literatura» á eso que de vez en cuando sale de media docena de moleras tumefactas, llenas de chichones y abolladuras como una cacerola vieja.

España no puede seguir llamando «arte» suyo á ese arte con «lamparones», que levanta iglesias de mazapan, construye jardines á la inglesa y pinta mamarrachos franceses, caso de que alguna vez tengan naturaleza.

España no puede.... pero aquí suspende FÍGARO su razonamiento, precisamente porque aquí empieza lo bueno; á FÍGARO le da en ocasiones por lo paradójico, y así no es raro que acabe en donde quisiera empezar: «qui potest capere capiat»; es decir, FÍGARO no habla con los tontos.

Distingúense, dicen, los tiempos actuales de los pasados en que ahora domina el escándalo en la sociedad, como ayer la hipocresía: hoy se hace gala de la despreocupacion, como ayer se ocultaba la impudencia bajo de una capa de rubor. O lo que es igual: ayer se echaba el agua de Barcelona de las conciencias sobre el sensualismo, y hoy se echa sobre el idealismo.

Vean ustedes: á FÍGARO parecen tan semejantes hipocresía y escándalo, que llama, como Breton de los Herberos, al escándalo hipocresía del vicio, y á la hipocresía escándalo de la virtud: y á uno y á otra indistintamente «mojigatería».

Pues esta «mojigatería», este escándalo de la virtud y esta hipocresía del vicio son, ni mas ni menos, á juicio de FÍGARO, el mal social, la enfermedad, el «escrofulismo» de nuestro pueblo.

Aquí nadie hace lo que quiere; nadie es lo que apa-

renta; nadie gasta lo que tiene; nadie viste lo que puede; nadie enseña lo que sabe; nadie sabe lo que enseña; nadie aprovecha en donde está; nadie está en donde aprovecha; nadie, en fin, adora en público al santo ó al demonio de su devocion, que tambien Satanás tiene sus devotos.

Si es ó no cierta esta letanía de FÍGARO, ya se irá viendo con el tiempo. En el momento presente no le ocurre sino preguntar á cada uno de sus convecinos y convecinas:

—¿Qué eres?
—¿Qué tienes?
—¿Qué crees?
—¿Sirves para lo que eres?
—¿Vives conforme á lo que tienes?
—¿Defiendes lo mismo que crees?

La contestacion en los números inmediatos.

Y á todo esto, ¿para qué ha traído FÍGARO á cuento aquellas palabras de un poeta inglés con que ha encabezado la primera sesion de su barbería? ¿qué tienen que ver con la enfermedad social de España?

Por de pronto convienen mucho á FÍGARO, que vuelva hoy al mundo literario con nueva forma, y quiere «madurar, madurar».....

Y luego que, ya es sabido, cuando hemos madurado lo bastante, nos podremos, nos podremos, y allí acaba nuestra historia.

FÍGARO cree que la sociedad se descompone hace ya algun tiempo, sin haber llegado á su madurez; que hay aquí podredumbre anticipada: «pourriture avant maturité», como de la Prusia decia Mirabeau; y FÍGARO, cuyo fuerte y cuyo flaco son hablar de todo, contar todo lo que ve, y decir todo lo que piensa, no quiere que la sociedad acabe de descomponerse sin gritarle:

—¡Eh! ¿Que por ahí te pudres!

Antes de que se acabe la historia, FÍGARO quiere tambien hacerla como pueda, como sepa y como deba.

Por eso está de vuelta; por eso ha tomado el pulso á la sociedad, y por eso la pronostica temprana muerte; una disolucion de humores, segun decian los antiguos, si á tiempo no se pone en cura.

A bien que FÍGARO trae aparejada cantidad de ventosas y de cantáridas que aplicar en su tienda y á domicilio.—Con que..... manos á la obra.

La obra será variada, ó al menos así lo intentará FÍGARO.

Allá va el programa.

Siempre que comience á hablar, lo hará FÍGARO por unas conversaciones madrileñas, en las que ejerza la crítica social, ó por conversaciones literarias, que serán la crítica de las letras.

En las primeras, FÍGARO hablará de todo lo que ocurra, de todo cuanto sepa, retratando simplemente, como en un espejo, á personas y cosas: máquina fotográfica de la humanidad, sus cuadros serán retratos, y con esto hay

bastante para que la sociedad estudie, si quiere, y aprenda, si aun es tiempo.

Dijo Quevedo á los que se encuentran feos en el cristal azogado, y calumnian al que fielmente los copia:

Arrojar la cara importa,
que el espejo no hay porqué.
Lo mismo repite FIGARO.

En literatura, un barbero no puede ser muy clasicote; pero tampoco puede ser romántico. Ni ya es tiempo de reñir por lo uno ó por lo otro. Criticará FIGARO lo malo, que será lo mas, y puede que se atreva alguna vez á aplaudir lo bueno.

Ya que está para buscar autoridades, recordará la de Boileau, tomada años hace por su homónimo:

Tout les genres son bons, hors le genre ennuyeux.

Pero no va FIGARO á criticar solamente, ni quiere dar muestra de impotencia literaria; que, de vez en cuando, meterá su cuarto á espadas, y dará pasto á la comidilla de los que murmuren de su persona y de sus juicios.

Todo el mundo tiene por desgracia enemigos, y no créa FIGARO que le falten, aunque no los merezca. Hallen, pues, los enemigos de FIGARO en donde desahogar sus biliosos hipocondrios; á FIGARO quedará siempre el recurso de invocar el socorrido nombre de la envidia, pálida y ojerosa.

Los teatros de verso y canto serán visitados por FIGARO, así como todas las fiestas musicales, hipicas, acrobáticas, funambulescas, etc., etc.

El teatro es, á juicio de FIGARO, signo de cultura ó decadencia; no considera la música como el menos molesto de los ruidos; y con esto ha dicho que á las musas dramáticas y líricas ha de consagrar muchas de sus «causeries,» digámoslo así.

Y ¿quién pensará que del culto de Apolo habria de pasar FIGARO al de su hermano Mercurio? Saliendo de los teatros entrará en la Bolsa, para estudiarla, y estudiar al comercio, al «agiotaje» (qué palabra), encarnacion de una gran parte del espíritu del siglo.

En este punto, el programa de FIGARO se resume en una frase, que por cierto no es suya: «el mundo se compone de accionistas».

Dedicará, por último, algun rato de sus ocios á los hechos y dichos de la corte y de fuera de ella; y cierto que no ha de ser poco entretenido lo que sobre el particular ha de referir á sus lectores el buen rapista.

Una palabra para terminar. A mas de una mujer hermosa y de talento, como suelen ser todas las amigas de FIGARO, ha oído decir que desearia probar su pluma en el género festivo á que FIGARO se dedica. FIGARO sabe que todas las que en el caso le han hablado son GRACIOSAS: háganle, pues, la gracia de las de su ingenio, y FIGARO, y los lectores de FIGARO se las darán multiplicadas.

Otra palabra, y ustedes perdonen la molestia: FIGARO es hijo de su época; pero la época puede tener muchos hijos, y cada uno de ellos juzgar á su madre de bien di-

verso modo. FIGARO, por consiguiente, respeta todas las opiniones y las admite á su comunión, siempre que no anden á la greña con el sentido comun. Y por ahora, ha dicho.

CONVERSACIONES MADRILEÑAS.

Glissez, mortels, n'appuyez pas
Patinad, humanos.
VOLTAIRE.

La mas imperfecta de las instituciones seria la cocina contemporánea, si los hombres eminentes que han legislado sobre este ramo de las artes prácticas no hubieran acertado á combinar los estimulantes con los manjares destinados á saciar el apetito. El «caviar», «le potage bisque» son invenciones tan ingeniosas, en mi concepto, como el prólogo de los dramas románticos, por ejemplo, en el que acontecia cegar ó enmudecer el primer actor, ó morir varios de los principales personajes. El público, que no podía comprender que se pagase una onza diaria al mas hábil de los actores para que enmudeciera á la segunda escena, confiaba en que alguna emocion sublime le devolveria el habla; y mientras llegaba, otorgaba al autor romántico el tiempo y el espacio que le parecían convenientes para presentar esa escena sublime, plato fuerte, ó «pieza de resistencia», como ahora se dice en estilo culinario, de su obra terrorífica.

Lo que los aperitivos en la ciencia gastronómica y los prólogos en la literatura romántica son á una comida bien ordenada ó á un drama de la escuela de Bouchardy, el temor del porvenir, ó cierta dosis de inquietud ó recelo del presente, son para la sociedad contemporánea. No basta gozar de lo actual; es menester realzar ese goce con la perspectiva, lo mas remota posible, de su término. El que sabe que la dicha es perecedera, se apresura á gozar de ella para que los sucesos adversos no le sorprendan á la mitad del camino.

Yo de mí se decir que cuando leo en las estadísticas que, sumados los metros cúbicos de carbon mineral que se cobijan bajo la capateráquea, no dan cantidad bastante para que la familia humana use de ese medio de calefacción dentro de mil ó dos mil años, me entran unas ganas de arrimarme á la chimenea como no las siento jamás; y que cuando oigo que, calculadas la marcha de los astros, y las diversas épocas de la formación del globo, no tendria nada de extraño que dentro de tres ó cuatro milenios, diese un tropezon en los espacios celestes ó se convirtiera nuevamente en «aquarium» de agua salada ó en hornillo de locomotora, no puedo resistir á la tentación de tirar la pluma, cojer el sombrero y dar una vuelta por la Fuente Castellana, respirando con placer extraordinario el aire libre, y recreándome mas que nunca con la vista de hermosos rostros, uniformemente bellos, semejantes entre sí, y á un tercer tipo representado por las figuras de cera que admiramos en los escaparates de las peluquerías.

El conocimiento de la humana naturaleza que he adquirido, merced á esa dosis saludable de temor á lo porvenir y recelo del presente, sirve para explicarme un fenómeno que hace días llama mi atención.

Dicen los aficionados á estadísticas que hay en España MISERIA; esto es, que la cantidad de trigo que pueden expendir los labradores y manipular los tahoneros no está en proporcion con el apetito de los españoles, ó que la cantidad de metal amonedado de que la mayoría de los españoles dispone, no la proporciona la cantidad de alimento que otras veces. Atribúyese este deplorable suceso al mucho sol, ó á la poca agua, ó á los fuertes vientos, ó á todas estas cosas juntas.

Que la sequia es perjudicial, hace dos meses que, dia por dia, y aun hora por hora, se lo estoy oyendo á mi amigo el baron de Parla, el cual se duele incesantemente de que no puede andar porque se lo impiden los callos, sin que basten pedicuros ni remojamientos para aliviarle; y lo atribuye á que no llueve. Ya se lo habian participado sus colonos al pedirle cierta lenidad en el pago de rentas atrasadas; pero el baron no hubiera creído nunca que

la lluvia era tan necesaria si la voz de sus callos no hubiese hablado con elocuencia.

El exceso de calor es mas fácilmente perceptible; de cuatro á cuatro y media de la tarde hay que buscar en el Retiro las calles estrechas, donde los altos setos y naciotes hojas de los árboles proyectan alguna sombra: á la Castellana no se puede, en rigor, bajar hasta las cinco. En cuanto á la falta de agua, es cierto que este año las modistas se quejan de que hay pocos trajes estropeados por los chubascos de primavera, y que sin los agujeros y desperfectos producidos por el uso del cigarro en los conciertos de Barbieri, la modistil industria se veria apurada, pero no puede ser grande la falta de aquel precioso elemento, cuando vemos que las colas de las damas, ó los vestidos de cola no levantan mas polvo que el usual; que las mangas de riego funcionan con regularidad, y que por la Castellana y el Retiro corren á veces y á trechos mansos arroyuelos, casi tan poéticos como el que figura en la última decoración de la «Sonámbula».

Esto no obstante, la sociedad madrileña, que no se jacta de incrédula, créa en la miseria. Hasta se ha observado que los turnos y semi-turnos en que ordinariamente dicha sociedad, cultivadora del principio de asociación, divide los abonos del teatro Real, han llegado á subdividirse este año en «cuartos de turno y octavos de turno»; lo cual dá la esperanza de que, perfeccionándose bajo la influencia de dicho principio el mecanismo, á la par que el de la lotería, tengamos «vigésimos de turno» para los palcos plateas y bajos; y de que veamos poco á poco allanado el camino á las panaderías cooperativas y á las ligas de sastres, summum de la asociación económica.

Mas no por esto es menos verdad que los palcos y butacas del teatro Real, varien lo que variaren los ocupantes, nunca se miran vacíos; que los del circo del Príncipe Alfonso están abonados en totalidad; que para proteger á los jóvenes ginetes que pasean en la Castellana contra la inmensa pesadumbre de toda una legion compacta de coches que llena el paseo central, ha sido preciso hacerles trotar entre dos hileras de palos verdes: lo único que en Madrid indica la escasez de los alimentos es el abandono y soledad de las fondas; y, si se fuere á profundizar, tal cual decadencia del arte culinario que, á la manera de las costumbres parlamentarias, no ha sido considerado hasta ahora como planta indígena en nuestra patria.

A fuer de madrileño corriente y moliente, me inclino, pues, á creer que eso que se dice de sequia, y de calor estemporáneo, y de cosechas dudosas, y de MISERIA es, como el «caviar» ó «le potage bisque», un aperitivo para que nos demos mas prisa á gozar de lo presente. ¿Que hace calor? Se retrasa la hora del paseo. ¿Que no llueve? Mi mujer se baña todos los dias, y yo todas las semanas, y las calles y paseos se riegan á todas horas con no pocas quejas de los transeúntes. ¿Que está el pan caro? El Ayuntamiento cuida de darle barato; y yo, por otra parte, apenas lo como: un bocadito despues de la sopa y otro con el beef-teak; el chocolate lo tomo con bizcochos y el té con galleta inglesa: realmente me hace poca falta. En cambio me gusta y necesito el cielo despejado, que hace á Madrid tan hermoso; el cuadro lleno de tonos espléndidos de la caída de la tarde en la Fuente Castellana; los elegantes carruajes abiertos, los trajes lila, rojo, azul, tan en armonía con los colores que la primavera esparce por el suelo; el aire suave, templado, que infunde á mi mujer pensamientos tan poéticos cuando el marqués su primo viene á hablarla á la portezuela; las noches serenas que permiten dejar el coche en la cochera y á los caballos descansar en la caballeriza del incesante trote, y en las que apenas toso una hora antes de conciliar el sueño. Si estos no son considerados bienes en la tierra, temo que al cabo venga, antes de mil años, una catástrofe á castigar tanto pesimismo.

JULIAN VARGAS JIMENO.

FOLLETIN.

CUENTOS DE VIEJAS,

POR
FEDERICO VILLALVA.

EL COLLAR DE PERLAS.

I.

Dice el cuento que, en el tiempo en que D. Luis de Requesens andaba por los malaventurados Países-Bajos de la Flandes haciendo respetar las armas del señor rey D. Felipe, que ha muerto en este mes de setiembre del año de quinientos y noventa y ocho, habia en el ejército de S. M. un capitán de caballos, famoso caballero, aunque ya entrado en edad, mas que ninguno esforzado en el servicio de la ley y del rey, buen católico, temeroso de Dios, y empeñado perseguidor de la herejía de Lutero, que habia prendido, como el fuego en la mies seca, en aquellos naturales de Flandes.

Llamábase el capitán Pedro del Rio, y tenia estrecho deudo con Luis del Rio, consejero de S. M. en aquellos Estados, que mucho defendió los derechos del señor rey D. Felipe en las revueltas de quinientos y setenta y seis, lo que le valió ser preso de los brabanteses cuando estos se levantaron contra la autoridad del Consejo, y entregado al traidor príncipe de Orange, que le dió castigo proporcionado á su lealtad.

Pues este mismo capitán Pedro del Rio tenia de su mujer

doña Bárbara, señora principal de la ciudad de Brujas, que es de las mas notables y grandes de aquellos países, una hija moza llamada Luisica, que de ella habia sido padrino en la pila del bautismo su señor tío el consejero D. Luis, y por eso la apellidaron en el cristianismo del nombre de aquel su deudo. Digo que era mozueta al tiempo del levantamiento de los orangistas en Bruselas, que tendria ya cumplidos los diez y ocho años, y bien medrados eran, no pareciendo sino que la muchacha frisaba en los veintitres por lo desmenueta y lo bien formado de su talle y cara, que en verdad ponía gozo mirarla.

Estaba la Luisica en poder de su tío y padrino desde tres ó cuatro años antes; y fué por razon de que habia muerto doña Bárbara, acaso de una desazon que le dió el capitán, por ser éste, como ya he dicho, muy buen católico y ella inclinarse á lo luterano. Disputaron un dia sobre las religiones el marido y la mujer, y ya fuera, como despues dijo el escudero de Pedro del Rio, que el capitán dió un valiente golpe á la capitana en alguna parte de su cuerpo, bien porque ella, que solia echarse por el gáznate tremendos jarros de un vinillo que llaman allá del Mosá, an luvo algunos dias, del trago ó la disputa, mal dispuesta y peor curada, que ni pensó ella en cirujías, ni el capitán, caso de que lo pensara, dijo nunca «pues llamen á quien cure á doña Bárbara», ello es que la flamenco fué al cabo para Dios ó para el diablo; entiendo que para el último, porque no dice el cuento sino que las inclinaciones de la difunta eran las de mucha parte de su nacion, heréticas y condenadas por la Santa Madre Iglesia. Amen.

Cuando se vió sin la mujer, con hija moza y no muy asentada de cascos, puesto que entonces aun era de solos catorce años; él forzado de salir cada dia á pelear; los tiempos malos; no buenas las costumbres; la casa grande y de imposible guarda; las dueñas de por allá, como las de todas partes, trapaceras, venales y mas amigas de un doblon que de cien honras; muypreciador de la suya

Pedro del Rio, y con primicias de hermosa Luisica, que es decir con señuelo para el halcon y espuela para el deseo de la gente moza y desocupada, fué el capitán para su hermano, antes aun de pasar los lutos, y díjole en estas palabras:

—Vos ya, hermano mio, sabeis que mi doña Bárbara ha tomado, por la voluntad de Dios, el camino de la otra vida, y que me ha dejado á Luisica, solo fruto de nuestro matrimonio, puesto que yo hubiera tomado criar muchos otros hijos varones para destinarlos al servicio de la católica magestad del señor rey D. Felipe el Segundo.

Y, como buenos partidarios que eran de la monarquía, ambos hermanos levantaron, el uno su fieltro de soldado, el otro su bonete, hasta como cuatro dedos de las cabezas, haciendo reverencia al nombre del rey.

—Pero mi mujer, que Dios haya, siguió Pedro del Rio, era....

Acaso el prudente consejero de Estado acertó á cortar la palabra del capitán cuando iba á deslizarse por algun razonamiento de soldado, inculto, ó mas bien torpe y propio de la gente de guerra, de ordinario poco recatada en el hablar. Y como el don Luis tenia en mucho la honestidad y la decencia, atajó á su hermano, y

—Basta, le dijo, que no es bien que ahora traigais á cuanto lo que ni á vos importaría, ni á mí....

—Impórtame, replicó el capitán, mas de lo que pensais, hermano; que si doña Bárbara, como era dispuesta para trasegar el vino de esta condenada tierra, hubiéralo sido para cumplir, en orden al matrimonio, con Dios, el rey y su marido, yo os juro que por lo menos doce sobrinos tendriais ahora en quien ejercitar vuestro consejo y sabiduría.

—Digoos que ya es bastante con lo que en el caso llevais hablado, y aun sobra, dijo á esta sazón, el rostro encendido, Luis del Rio, y acabad con lo que trujérais de peso y de sustancia, que

DISONANCIAS.

Cuanto han visto á FIGARO en escena saben que toca la guitarra, y los que no le han visto, y no le crean bajo su palabra, vayan á la próxima representación del *Barbero de Sevilla*, novedad que, cuentan, prepara la empresa del régio coliseo para *sorprender* á sus abonados. Allí verán, aunque no quieran oírle, al Sr. Varvoni con el citado instrumento en la mano, y verán cómo pasa de esta á la del Sr. Palermi, y no oirán, aunque quieran, lo que éste canta con el figurado acompañamiento de la referida guitarra.

Todo español puede emitir libremente sus ideas musicales, y hasta trinar en casos de apuro; muchos españoles hablan de música á título de tocar el violon: FIGARO, pues, como español é instrumentista, va también á echar su cuarto á espadas.

FIGARO acude siempre donde hay música y se paga por oírle, y muchas veces donde se conspira gratis contra los oídos del prójimo.

FIGARO aprecia todas las obras y á todos los maestros.... en lo que valen, según su leal saber y entender, desde la *sinfonía pastoral* hasta el *Himno de Africa* (que para esta tierra no le falta carácter); desde Haydn hasta Gaztambide el menor.

Y dicho esto, quiere contar á Vds. sus apreciaciones sobre lo mas fresquito.

El sábado, por ejemplo, fué al Conservatorio, y oyó las *Siete palabras*, letra de D. Antonio Arnao, y música de D. José Haydn. De la primera no dice nada, porque no viene al caso; de la segunda tampoco, aunque no le parezca bastante lo muchísimo que desde el pasado siglo se viene diciendo en su elogio; pero le ocurre decir cuatro palabras á propósito de la interpretación.

Jesús Monasterio es un violinista de primer orden; es mas, un verdadero artista. Suele á veces dar espresion dramática á las frases de Beethoven, Mendelssohn ó Mozart, pero esto es cuestion de nervios y de corazon, que no se pueden dejar en la antecala.

Lestán es casi un Monasterio, pero sin nervios, para el efecto antedicho.

Perez es á Monasterio lo que el revés de un tapiz á la cara. La misma composicion, las mismas figuras, los mismos colores, pero todo menos claro, menos determinado, menos brillante, gracias á su injustificada timidez.

Castellano está en la categoría, puramente española, de los artistas *concienzudos* como Oltra ó Pizarroso.

Total: cuatro instrumentistas y un violin, con acompañamiento otro idem, y viola, y en compañía de un violoncello.

Cuatro artistas en tales condiciones forman un grupo, pero no hay cuarteto: ó Monasterio se resigna á tocar como sus compañeros, ó estos se ponen al nivel de Monasterio.

Como lo perfecto no es enemigo de lo bueno, FIGARO aplaudió, sin embargo, el sábado de todo corazon; lo que no hace con frecuencia cuando va á otro local del mismo edificio, por razones que dirá á Vds. dentro de pocos dias.

Y como lo mas acorde es pasar de un concierto á otro concierto, entra en el *Circo del Príncipe Alfonso*, no á disfrutar del espectáculo ateniéndose de los caballos en pelo, sino para echar un párrafo con su amigo Barbieri, á quien de veras quiere y agradece su buen deseo por dar á conocer la música clásica.

A primera vista parece que á Barbieri no hay quien le afeite.

Ahora verán Vds. cómo es según las manos en que caiga.

1.º Obertura de *Jessonda*. En vez de estar ensayada, la sociedad le corta un sayo al Sr. Spohr que le pone hecho una lástima, casi casi, como si saliera de una ropería catalana.

2.º *Polonesa brillante*, escrita para piano por Weber, que, de quererla escribir para orquesta, lo hubiera hecho sin pedir permiso al Sr. Ruiz; pero Barbieri, apurado por no tener ya música sinfónica que tocar, acude á los arreglitos.

3.º Sinfonía de *Struense*, aplaudida y repetida por el *crescendo* final.

4.º, 5.º, 6.º y 7.º Sinfonía en *sol mayor* de Haydn. Pasa FIGARO por el primer tiempo, pero ni pasa ni pasará por el segundo, si Barbieri se empeña en marcarlo casi á doble celeridad de la debida.

Y llegamos al *Minuetto*, y despues al *Allegro final*, y mi vecino de asiento decia á FIGARO:

—Al maestro director le deben estar esperando para algo que le interese mucho, atendiendo á la prisa que tiene por concluir.

Pero se desocupa el maestro, y empieza la tercera parte.

8.º Fantasia, etc. El Sr. Melliez toca el fagot tan bien, que

asuntos graves del servicio de nuestros reinos me entretienen, y no he de gastar el tiempo que el rey me paga en vuestras bachillerías.

Era el capitán hombre de temple, iracundo y capaz de tener pendencia por un quítese allá con el mesmo coronel Mondragon, que entonces salia para Zelanda, y entre cuyas compañías iba la de Pedro del Rio. Pero desde pequeño habiase acostumbrado á respetar el saber, prudencia y autoridad de su hermano, y harto hizo para sus furiores con guardar silencio breve pieza, oídos el tono áspero y las palabras del consejero.

Al cabo de la cual, dijo el capitán:

—Mal año, D. Luis, para mí siempre que he menester comunicar con vos de las cosas que me atañen! Por el ánima del gran duque de Alba, que hoy nos manda, yo no he visto jamás que me trateis como á vuestro hermano que soy, sino mas bien como á extraño que os enfada. Mas, pues así lo queréis, y yo no he de hablaros en lo que entiendo, y según que solemos los que profesamos de las armas, oídme que seré breve. Ya os dije que mi doña Bárbara, que Dios haya, dejéme solo á Luisica; que apenas cuenta catorce años la muchacha, y es ya toda una mujer, hacendosa, cuidadosa, sosegada, no gastadora en el vestir, puesto que franca y liberal con los menesterosos, muy rezadora, que á veces pienso que Dios la tocó para santa, los ojos siempre en la rueca ó almohadilla, limpia, obediente, nada respandona, enemiga del mucho comer, que por aquí se usa, y aun mas enemiga del beber, que así mesmo es usual por acá y sin pensamiento liviano, ni creencias en hechicerías y embelecios contrarios á nuestra sagrada religion. Sabe leer, que vos se lo aprendisteis en sus menores años, y no mal se comporta para escribir una carta á su padre cuando está en la campaña combatiendo luteranos, ó la relacion y memoria de las joyuelas ó de las ropas que hay, aunque pocas, en la casa....

Mentía el capitán prendas de su hija que nunca tuvo la ra-

FIGARO iria á todos los funerales, si supiera que tocaba el señor Melliez; pero está en el quinto concierto y ha oído ya nueve fantasías mas ó menos fantásticas. El vecino de marras, que tambien las ha oído, le dice al paño:

—No lo estrañe Vd. Son exigencias del local. Esta es la parte de *gimnasia* instrumental.

9.º Entreacto de *Philemon et Baucis*, oído, con esta seis veces en cinco conciertos. Obra agradable para una vez. Barbieri ha juzgado que debía tocarse muchas, por creerla acaso música de circunstancias.

10. Fin de fiesta, y hasta mas ver.

TEATROS.

El reglamento orgánico de los teatros del reino manda, no sé en cuál de sus artículos, que en esto de artículos y de leyes no soy de primera fuerza, ni quiera Dios que haya de serlo, manda, digo, que cesen las representaciones dramáticas desde el viernes llamado de Dolores hasta el Sábado Santo, ambos inclusive.

La piedad católica en esta ocasion se hermana y corre parejas con la piedad que en los *amantes de las letras* (ojo á la frasecita) despierta el estado del teatro español. Piedad literaria, compasion á los dolores del infelice Apolo, profunda lástima hácia la pobre Talia, que está sufriendo, ya va para bastantes años, cada sofcon que la balda.

Horas son de reposo y de tranquilidad para el númen délfico estas de la Semana Santa, y á fé que las necesita, porque cuando recuerdo los disgustos que solo España le ha dado en lo que va de año, los atropellos de que ha sido víctima, las desazones que á sus delicadas orejas ha causado la dramática chirle, turulata y pánfila que por acá usamos, no sé francamente cómo ha tenido paciencia para conservar en el Olimpo la cartera de los negocios literarios. Ni un ministro de las regiones terrestres habria llevado tan lejos su aguante.

Yo quisiera decir algo de lo que ha pasado en los teatros durante la primera parte de la temporada que va corriendo. Pero si al tremendo drama de la Pasion, que en estos dias se conmemora, añado la pasion de los malos dramas que me vienen á la memoria, ya á ser cosa de no poderse sufrir.

¡Pues si de los actores hablase!

¡Pues si hablara de las empresas!

¡Pues si me permitiese alguna consideracion ligera respecto del público!

Peor es meneallo.

Y ya que no tengo otra cosa que hacer, así como para preparar el ánimo del lector, bien será que pasemos, él y yo, una revista mental y profética por los teatros en la noche de la próxima Pascua.

Me pregunta el lector:

—¿Qué tendremos en el Príncipe el domingo?

Y le contesto yo:

—A D. Manuel Catalina, como siempre, apretando los labios; frunciendo el entrecejo, á manera de acreedor que no cobra; cerrando los puños, en guisa de baratero que amenaza; moviendo la cabeza, como chiquillo que no sabe la leccion, y engallándose como todo un buen mozo que es. Tendremos á doña Matilde Diez, gloria ayer de la escena, hoy triste recuerdo, laurel que, para desdicha del teatro, se agosta y pierde su lozanía. ¡Cómo ha de ser! el tiempo no pasa en valde. Tendremos á D. Juan Catalina, tembleteándole las piernas, mirando á la araña, con sus corbatitas verdes ó encarnadas (tambien las usa su señor hermano), y su gesticillo desdeñoso. Los demás actores en eclipse total ó parcial cuando menos.

—Bien, me dice el lector; y en Jovellanos, ¿qué tendremos?

—¡Ah! en Jovellanos, le contesto, á Caltañazor y la Zamacois.

—¿Y qué mas?

—A Landa y la Zamacois.

—¿No mas?

—A Carratalá y la Zamacois.

—¿Nada mas?

—A Escrivá y la Zamacois.

—Pero....

—No hay mas. ¡Ah! se me olvidaba: á Calvet y la Zamacois,

El lector hace un mohin de asombro.

—¿Estrañas, pio lector, prosigo, que tanto repita el nombre de una actriz? Pues sábele que el público ya poco á aquel teatro, y que

paza, ni tenerlas pudo, que las buenas prendas no siempre se heredan, cuanto más si los padres no las tienen; y que no las tenía la difunta doña Bárbara, ya en antes lo dije. Pero ¿quién puso el padre ha de ser encubridor de los achaques de sus hijos, puesto que los conozca y tenga de ellos certidumbre? Pedro del Rio sabia de Luisica mas de lo que hubiera querido saber, y no mas que por esto mantenía la plática que he dicho con el consejero, y aun sufría la risita de burla con que D. Luis escuchaba el impertinente elogio de su ahijada. Como el capitán se detuviese, por ventura para tomar carrera en la de embustes que seguía.

—¿En dón de heis de parar, díjole el consejero, esa letanía de lindezas que ahí me venís cantando?

A lo cual Pedro del Rio contestó en seguida:

—En pediros, hermano, que, si en ello no sois deservido, tengais en vuestra compañía á mi Luisica, mientras que no determino que sea llevada á España, y á un convento, y allí se despose con el Señor, ó bien con algun galán que en ello sea honrado, y con el que nos honremos nosotros.

Decir el salto que pegó en la silla D. Luis del Rio cuando hubo escuchado la peticion de su hermano yo no podría. Estimaba el consejero en mucho la paz de su casa, en donde era servido por un mozo, que hacia veces de escudero y paje, y por un ama, no mal aderezada de rostro, que cumplía con todos los otros menesteres del letrado, y espantábase no mas que con la idea de que aquella sobrinica fué á turbar el sosiego de su vida.

Negóse desde luego á abrir las puertas de aquella tranquila habitacion á la rapaza y una dueña que habia de celarla. Puso mil dificultades al caso, como hombre que habia de celarla. Puso su blandura y condescendencia pudieran sobrevenirle. Llamó en socorro suyo al ama, que, oído el punto de la cuestion, fulminaba rayos contra el capitán, viendo que si Luisica entraba en casa, perdería ella el absoluto dominio, el alto y bajo, mero misto imperio que allí tenía. Ya el capitán iba desesperándose, y ya se

si va es por ver á la Zamacois. Por eso Gaztambide, esto es, la empresa, la prodiga tanto, y yo su nombre.

—¿Y en qué consiste esa predileccion del público á la favorecida cantante?

—No sé; como no sea en los brazos....

Y sigue el lector preguntándole:

—¿Qué habrá en el Circo?

Y yo contesto:

—Magia, magia, magia y magia.

—Pero entonces, ¿dónde hay arte? ¿dónde encontraremos el arte dramático?

—¡Ah! Eso es muy sencillo: en los treinta ó cuarenta cafés-teatros que se han establecido en Madrid, y en el Conservatorio, cuando esplican declamacion los hermanos Catalina.

DICHOS Y HECHOS.

Los periódicos de noticias son una ganga.

¿A que no adivinan Vds. qué descubrimiento ha hecho «La Correspondencia» en estos dias pasados?

¡Qué lo han de adivinar Vds. si es un descubrimiento importantísimo para la historia del arte!

Admírense Vds., señores: ¡¡¡Arderius, el gran Arderius, el inventor de los Bufos madrileños, nació en Evora!!! Como Camoens, cuya gloria casi iguala, ha nacido en Portugal y ha *debutado* (perdonen Vds. la espresion) en España.

¡Qué lástima que no haya conservado todas sus *gracias* para el suelo patrio!

Y lo peor del caso es que ya no tenemos celebridad nacional segura de un descubrimiento que nos la arrebatase. El dia menos pensado aparece «La Correspondencia» contándonos que D. Manuel Catalina vió la luz, por ejemplo, en Fochun-bu, y que á no ser por una feliz casualidad que nos le trajo, estaria nuestro buen Catalina representando en el Celeste Imperio *Los afanes de Han, El círculo de greda* ó alguna otra produccion de la musa dramática chinesca.

Una sola esperanza nos quedaria: la de que, en su aficion á las artes, se hubiera dedicado á otro género de *habilidades*, en cuyo caso podríamos verle tragando papeles encendidos ó vomitando cintas de colores por circoes y plazas de toros.

Bendigamos á la Providencia que hizo la Alcarria para don Manuel Catalina, y á D. Manuel Catalina para la Alcarria.

«Gil Blas» ha tenido la amabilidad de saludar á FIGARO antes de su aparicion.

FIGARO devuelve á «Gil Blas» el saludo, y pone á su disposicion las navajas, la guitarra y todos los menesteres del barbero. Todos, menos el sillón: FIGARO no quiere afeitar á «Gil Blas».

Entre paréntesis, «Gil Blas» tiene muchísima razon: FIGARO está á cien leguas de ser neo.

Ustedes conocerán á Larra, el hijo del inolvidable homónimo de FIGARO. Claro está: como que ya es mas conocido que la ruda.

Pues, por si Vds. no lo saben, que bien pudiera ser, este señor Larra ha escrito una zarzuela de magia, titulada *La varita de virtudes*, que ha sido representada en un teatro de la corte.

El público no ha querido acudir á la zarzuela, á pesar de que la adornó la empresa con cincuenta ó sesenta mujeres medio desnudas.

Problema: ¿Por qué no ha ido el público á *La varita de virtudes*?

¿Por la vara, por las *virtudes*, ó por Larra?

Solucion: Por las tres cosas, y además por la música de Gaztambide.

Aunque toda la zarzuela es infernal, en el tercer acto de *La varita de virtudes* aparece un infierno de verdad con su Lucifer y todo.

La noche en que FIGARO asistió á una de las representaciones de aquella obra (prima, ó de albañilería, que literaria no), oyó decir á una amiga suya, que recordaba *Los infiernos de Madrid* del mismo autor:

—Este Larra es un poeta de todos los diablos!

Y tenia razon la amiga de FIGARO.

Pero en algo habia de parecerse Larra á Dante Alighieri, con

disponia á tomar la puerta de la calle, cuando acertó á parecer Luisa en persona, que con la dueña volvia de ciertas devociones, y tocaba en la posada de su tío, según de antes habia tratado con señor padre.

Pues como la muchacha tuvo conocimiento de lo que pasaba, arrojóse llorando á abrazar al consejero, y díjole entre suspiros que partían el alma:

—¿Con que vuesa merced, tío y señor, no me quiere á su lado, y he de quedarme sola mientras señor padre se va á la guerra? ¿Con que vuesa merced no mira que *soy niña y sola, y nunca en tal me oí* según dice el romance, como es verme sin padre y sin madre, espuesta á contratiempos y desgracias, que yo no sabré remediar en modo alguno?

Y Luisica de llorar, y el capitán de jurar entre dientes, y el ama de rezongar y murmurar de miedo que D. Luis se ablandase y consintiera en lo que hasta de entonces resistia.

Pero, ¿quién habia de decir que aquel buen consejero, tan honesto en las palabras y que tanto en las obras lo parecia, hubiera de sentirse tocado por la hermosura de aquella mozueta, que le tenía abrazado, como el deudo de ambos y tambien la edad en los dos lo consentia, y qué entre lágrimas le suplicaba? ¡Oh flaqueza de la carne! ¡Oh humana condicion, que nos pone trampantojos y embelecios con la claridad de la razon, y nos aclara la vista y los sentidos con la escuridad y sordidez de las pasiones! D. Luis del Rio cerró los ojos y oídos á la palabra del capitán, y abríólos de par en par á la hermosura de Luisica.

Desde entonces, no fué parte el ama para estorbar la entrada de la muchacha en la casa del consejero. Todo inconveniente desahizo el llanto de Luisa; todo se arregló á placer del capitán y de su hija, y D. Luis fué mas contento que nunca al Consejo de Estado, en aquella misma hora, que fué la de su perdicion.

(Se continuará.)

perdon sea dicho de su novísimo traductor el primer conde de Cheste.

Los Bufos Madrileños, con su capitán general Arderius á la cabeza, se han largado á Portugal.

Ojos que los vieron ir
nunca los miren volver.

Si FIGARO hubiera andado á caza de parroquianos en el mes del río y de los pavos, cuando se patinaba en la anchurosa ría de los Campos Elíseos, hubiera tenido mucho gusto en emplear el tono mas formal y el acento mas conmovido de que es capaz, en alabar como era debido el rasgo de caridad del Sr. D. Fermin Peralta, aquel estudiante de medicina que, como es sabido, sacó dos niños del fondo del estanque helado del Retiro.

Pero ya que no llegará á tiempo para celebrar aquel hecho generoso, quiere al menos probar que el valor y la abnegación son cosas mas comunes de lo que se juzga.

Y sino, oigan sus lectores:

Discurriendo estaba FIGARO dias pasados de aquel suceso con un su amigo, propietario de pastos altos y bajos en Estremadura, gordo y reluciente como el perro de la fábula, aunque sin otra señal de cadena en el cuello que un retrato en fotografía de su mujer, que lleva incrustado en el alfiler de la corbata.

Además de su mujer, el amigo de FIGARO tiene un perro de Terranova, grande y lanoso, al que quiere casi tanto como á aquella, aunque todavía no ha mandado sacar su retrato; de cuyas cualidades, desde que leyó un extracto del Buffon, ha formado el juicio mas ventajoso.

—¿Te hubieras echado al agua? le preguntó FIGARO.

—Hombre, te diré; el año pasado me curé una temporada por la hidropatía la propensión que, según el médico, tengo á la obesidad; y te aseguro que si la impresión del agua fría es desagradable al principio, después que se pasa, se siente uno muy bien.

—¿Pero te hubieras echado al agua?

—Hombre, no; pero se hubiera echado mi perro.

Desde esta conversación FIGARO mira con cierto respeto al cosechero de bellotas en Estremadura; no por él, sino por su perro, á quien cree capaz del sacrificio de que se trata.

Hace pocos dias se publicó un anuncio, original entre nosotros, aunque de uso frecuente en otros países.

Un joven de buena presencia, de mejor conducta y de regular talento, cualidades que él mismo se concedía, solicitaba la mano de una mujer, entrada en años (cuanto mas, mejor), y con algunos *posibles* para ayudarle á completar sus estudios.

El anuncio no determinaba los años que *podía* tener la novia, los *posibles* que había que llevar y la carrera á que se inclinaba el joven.

FIGARO sospecha que el autor del anuncio quiere ser boticario. Solo un boticario es capaz de tales enjuagues.—Lo cierto es, que si el estudiante encuentra la media naranja que busca, ni él ni ella harán carrera en lo que yo me sé y me callo.

FIGARO, que por nada de cuanto se refiere á su oficio se sorprende, como es natural, no ha podido ver sin asombro el peinado que hoy está de moda entre los elegantes de Madrid. Se peinan á lo Bruto romano.

En algunos, esta moda puede ser un disfraz del cerebro; pero en los mas, no es, si no haber cambiado lo de dentro á fuera.

Una generación de Brutos supone precisamente otra de Césares.

Como son nuestros Brutos, así son nuestros Césares.

FIGARO da la enhorabuena al público que asiste al teatro Real, por la marcha de esta corte de la señora Penco.

También se la daría si la señora Penco hiciese su viaje acompañada de la Ronzi y la de Mayo.

Entre las fiestas con que va á celebrarse en Italia el casamiento del príncipe Humberto, figura un torneo; y en este torneo tomarán parte señoras, y entre esas señoras la autora cómica y novelista satírica que antes se llamó Mme. Solms, y ahora se llama señora Ratazzi, la cual parece iniciadora de la parodia feudal y caballeresca.

La blandura de las costumbres de la generación presente, la afeminación del hombre civilizado, á quien puede definirse con las palabras que Gedeon (el de la comedia) se aplica á sí propio, *un imbécil de talento*, son causa de que el público del día no comprenda bien el mérito de esos espectáculos arcaicos.

Recordamos aun el que de esa especie se dió hace años en Madrid, en la plaza de toros, con ocasión, nos parece, del nacimiento del príncipe de Asturias. Era un torneo como el de Ahsby la Zouche, pero entre moros y cristianos. Habíase escrito un programa, á diferencia de Ahsby la Zouche, porque lo imprevisto no acontece ya mas que en las comidas de fonda, pero, sin embargo, ocurrió algo que no estaba en el programa.

Y fué, que cuando después de una embestida general de moros y cristianos, salieron de sus respectivos bandos los dos caudillos para decidir en combate singular la victoria, el moro, que era, á lo que se cree, subteniente de caballería retirado, acometió, sin curarse del programa, con tanto coraje al cristiano, que llovían sobre él golpes como sobre Don Quijote en la aventura de los yanguéses.

Desconcertado el cristiano no acertaba á mover el caballo, ni á parar los porrazos; pero gritaba en recia voz:—¡El programa! ¡que el que vence es el cristiano!

No era de esta opinión el moro, antes parecía calderero según lo que martilleaba en el pobre adversario. Para calmárle de desventuras, las sombras de la noche que se venía encima fueron disipadas por unas inoportunas luces de Bengala que estaban en el programa y que se cumplieron, y á favor de ellas pudo ver el pueblo de Aliménon al caudillo cristiano agarrarse al cuello del caballo y correr por el coso como perro con maza.

Esta historia verídica debe hacer cauta á Mme. Ratazzi y mo-

verla á desconfiar de programas: con tanto mas motivo, cuanto que sus narraciones de escenas domésticas y sus retratos picantes la han proporcionado mas de una enemiga, que querrá quizás aprovechar la ocasión para vengar con la espada las ofensas hechas por la pluma y repetir la escena del moro calderero que narrada dejamos.

No hubiera FIGARO averiguado jamás la relación que hay entre una pieza de *patencourt* y una cara bonita, si la apertura de tres ó cuatro establecimientos de venta á la gruesa y á la flaca que estos dias se ha verificado en diversos puntos de Madrid no le hubiera iluminado.

Vemos con gusto que los señores comerciantes hacen del público todo el aprecio que este se merece. Solían antes colocar unos lienzos ó carteles á las puertas de sus tiendas anunciando *liquidación positiva*, *liquidación verdadera*, para distinguirlas, sin duda, de otras liquidaciones imaginarias: después colocaron en la acera lacayitos muy cueros y señores de frac, que repartían inventarios de géneros al público; y al fin, viendo que este respetaba escusivamente el sagrado del hogar doméstico, han puesto dentro del susodicho hogar algunas jóvenes bastante lindas y bien aderezadas que inciten al allanamiento. Género es este que, ya venga de Sadan, ya de Tarrasa, y aun de Segovia, tiene curso universal y atrae parroquianos.

Es verdad que nos parece demasiado paño el que dichos comerciantes han exhibido para la estación que entra, pero el género bueno abriga en invierno y refresca en la primavera; y, de todos modos, el exceso de abrigo se corrige con un vaso de horchata y evita las pulmonías.

Las piezas exhibidas nos parecen buenas piezas, y vale la pena de que se las descuelgue de la pared donde pueden coger polvo y telarañas.

—El parroquiano, me direis, corre el riesgo de entrar vestido y salir desnudo. De bolsillo, sí; pero en cambio, ¿qué de proporciones de andar arropado algunos inviernos? El género permite, además, volverlo cuando por de fuera se gaste, y sabido es que esto proporciona economía á los que están condenados por los apuros de la Hacienda á usar un mismo gabán cinco años. Veremos el éxito de la nueva combinación mercantil que ha sustituido á las *liquidaciones positivas* y á los anuncios de *verdadera ganga*.

Cupo á FIGARO en suerte el sábado último en el Conservatorio tener al lado á un individuo que llamó desde luego su atención.

Era un hombre alto, fornido, con grandes patillas negras; una especie de San Cristóbal, y con unas manos dignas de empuñar una maza hecha de un árbol y mayor que la de Vargas Machuca. Calzaban estas guantes blancos, porque el susodicho individuo vestía muy correctamente, guantes que asombraban á FIGARO, que no creía que ningún guantero los fabricase de igual tamaño, á no ser para colgarlos de muestra en la puerta del establecimiento.

Este tal individuo, cuando el poeta Arnao acabó de leer su bella paráfrasis de la primera palabra de las *Siete* de Haydn que la orquesta *di cámara* iba á ejecutar, tuvo la bondad de dirigirse á FIGARO con acento andaluz muy pronunciado preguntando:

—Diga osté, vesino: ¿qué es lo que se da esta noche?

—Las *Siete* palabras de Haydn.

—No sé que Cain pronunciara tantas.

—Cain no; Haydn, un compositor alemán.

—¡Aah...! pero ese señor ha estado hablando un cuarto de hora.

—Es que ha dado una explicación en verso de la primera palabra.

—¿Y hablará sobre todas las demás?

—Así está anunciado.

—Ya decía yo, que en siete palabras no se podía desir ni «buenos dias» y que sería preciso hablar mucho mas.

Y añadió dando una especie de roquido de satisfacción.

—¡Jem...! ¡Si tenía yo curiosidad de verlo!

Como prueba de lo robusta y lozana que encuentra FIGARO la literatura dramática, topa en un periódico con la noticia de las comedias que últimamente han sido presentadas á la censura de los teatros del reino. Esto de la censura no es para FIGARO una novedad: conoce de antiguo la institución.

Pero al caso.

Las obras cuya presentación á la censura se anuncia tienen los títulos siguientes:

El pollo gallo;

El laberinto de Creta;

Un hombre formal;

Las consecuencias;

La firma del rey;

y Cuatro en uno.

Vamos: hay para cojer una estaca y romper el esternon, no á los autores de las obras, que al cabo ellos qué culpa tienen de no saber otra cosa, sino á quien, pudiendo, no les da un consejo prudente para que dejen á las letras en paz, y se dediquen á cualquiera ocupación honesta, que les dé honra y provecho.

El que ha escrito una comedia que se titula, por ejemplo, *La firma del rey*, será tal vez un buen sujeto, y sería quizá, si á ello se hubiese dedicado, un tendero de comestibles muy cuco y aprovechadito; pero ¡autor dramático!....

Por el hilo se saca el ovillo.

Anda hace algunos años rodando por los teatros de España una actriz extranjera, muy guapa sí, y que al venir de Italia tenía mucho talento, pero que ahora poco se ha casado con un español.

La señora de Palau, antes Carolina Civili, entusiasma á sus espectadores por muchas razones; pero la mas poderosa de estas es su facilidad idiomática. Es mas políglota que la versión de los Setenta.

Últimamente ha declamado en Alicante en tres idiomas y un dialecto. Hubiéramos querido ver las caras de aquellos bienaventurados alicantinos, que de fijo, al oír á la artista, se creerían trasportados en cuerpo y alma á la torre de Babel, en el instante mismo de la confusión de las lenguas.

Si después de las representaciones bilingües y trilingües, la

Civili no hubiese hecho, como se cuenta una obra de caridad socorriendo pródigamente á algunos necesitados, FIGARO sería muy cruel con ella. Sirva de compensación la caridad humanitaria á la poquísima que ha tenido la artista con la inocencia lingüística de los alicantinos, y al mal gusto artístico de tan extraño políglotismo.

Un escritor francés ha pedido según dijeron dias atrás, á Enrique Gaspar su último drama *La levita*. Quería traducirle á su idioma y representarle en alguno de los teatros de París.

Pero ¿cuál no habrá sido su sorpresa al ver que *La levita* le sienta mucho mejor que á Enrique Gaspar? El literato francés va á devolver la obra al español con estas ó parecidas frases:

«Conozco la hechura de la prenda; no he podido volverla, porque Vd. ha usado el revés, y yo antes ya la había lucido del derecho.»

Está claro: ¡cómo no la ponga de canto!

ABUSOS DE CONFIANZA.

Hay una escuela, FIGARO no sabe si llamarla política ó filosófica, que tiene por sistema aprovecharse de aquello mismo que combate, y usar de las armas que no le pertenecen, para conseguir el triunfo de su doctrina. La escuela en cuestión se llama, sin embargo, idealista: FIGARO la considera mas utilitaria que otra cosa; y ya que el barbero, por su condicion de tal y por causas que no son de este lugar, también se decida en favor del utilitarismo en ocasiones, va á servirse de un vicio propio de la prensa periodica para combatir el vicio.

Habla FIGARO del plagio, del merodeo literario, que convierte á muchos de sus colegas en otros tantos audaces tomadores de lo ajeno contra la voluntad de su dueño.

Periódico hay que apenas publica media docena de líneas de la cosecha de su redacción: lo demás tómallo *ad pedem litteræ* de algun inocente y cándido escritor que se calienta los cascos para gozo y satisfacción de los rateruelos de las letras.

FIGARO no sabe si harán con él lo mismo: sospecha que sí; sospecha que entrarán á saco su tienda, porque de menos hizo Dios á otros, y salen mal librados de las tijeras y la rapacidad de algunos publicistas de segunda mano, aficionados á hablar siempre por boca de ganso. Y como para FIGARO las deudas y los plazos suelen pagarse y cumplirse de antemano y con anticipación, métase ya hoy en donde no le llaman, y hace víctima de su venganza preventiva, digámoslo así, á su amigo Pio Gullon, un buen chico y de talento, que se ha entretenido cosas suyas en hacer la esposición de unos cuantos rasgos de barbarie ocurridos en España (porque en España, como en todas partes, se suele barbarizar en abundancia).

Gullon atribuye á la ignorancia los hechos que cita. FIGARO aunque le llamen metafísico, los atribuye á las causas de la ignorancia.

Pero, al cabo, sean como fueren, allá van los sucesos que aquel refiere:

«Todo el mundo (dice) conoce la suspicacia, la persistente desconfianza del paisano gallego. Un ingeniero amigo nuestro, que últimamente regresó de aquel hermoso país, nos ha afirmado que en cierta ocasión perdió mas de media hora para averiguar el nombre de un pueblo, y tuvo que continuar su marcha sin haberlo sabido. No fué posible convencer á los campesinos de que aquella pregunta era completamente inocente.»

Esto vale muy poco. Ahora va lo bueno. Sigue hablando Gullon.

«Pero las consecuencias de la ignorancia se modifican forzosamente, conforme al clima y al carácter de cada reino, y son en algunas provincias mucho mas alarmantes que en Galicia. Jugando al toro unos mozos del reino de Valencia, dejaron en la plaza algunos cadáveres y varios heridos, pues para demostrar lo que ellos entienden por valor, habían reemplazado con puñaladas el efecto de las astas. Aquel hecho que la estadística criminal ha de registrar, para vergüenza nuestra, entre los mas raros delitos de esta época, prueba con horrorosa elocuencia que donde no existe la emulación noble y la rivalidad ilustrada, aparece muy pronto el amor propio del africano, y el orgullo sangriento de los salvajes.»

¿No parece á Vds. bastante? Pues vean lo que viene á continuación:

«Aun no hace doce años que en un pueblo de esta provincia, situado por mas señas en una de las vías férreas, fué asesinado un labrador cuando volvía del campo para comer. La escena pasó en la plaza del pueblo, á las doce de un apacible día de invierno, de uno de esos dias, quizá demasiado hermosos, con que Dios favorece nuestro clima en los meses de noviembre y diciembre. La plaza del pueblo estaba por lo tanto concurrida. Las mujeres disfrutaban del sol cosiendo á la puerta de sus casas; los niños jugueteaban algo mas allá. El homicidio se cometió disparando un tiro de carabina.

No se ha encontrado en el pueblo testigo alguno de este suceso: no han parecido aun personas que, habiendo presenciado el delito, pudieran ilustrar sobre él á los tribunales. Algunos vecinos oyeron el tiro; ninguno ha visto de dónde salió.»

FIGARO, que se ha propuesto retratar á la sociedad, cumple en parte su propósito arrebatando á Pio Gullon los bocetos que anteceden.

Ahora, que la sociedad deduzca las consecuencias.

ADVERTENCIA.

Dificultades materiales impidieron á FIGARO abrir su tienda el dia 3 del corriente. Da en consecuencia un número menos de los ofrecidos á sus aficionados y suscritores; es decir, que da las siete octavas partes de lo que debe. Esto prueba que FIGARO es un buen pagador para lo que se estila en estos tiempos.

MADRID, 1863.—Editor responsable, D. Antonio Andrés Babi.—Imprenta del mismo, Travesía de la Ballesta, núm. 7, bajo.